

Resurgir

Fátima Chong Santiago

Frida mi mejor amiga, atendió inquieta los resultados de los exámenes médicos y escuchó incrédula a su ginecóloga, salió del consultorio afligida, afuera la esperaba su pequeña hija Ángela, por eso, la mujer limpió prontamente sus lágrimas y tomó a su retoño de la mano apretándola involuntariamente, caminaron hasta la estación del autobús e hicieron una parada en la pizzería.

Los pensamientos confusos de Frida oscilaban en lo que ocurriría en los próximos meses, su difícil situación económica le limitaba un tratamiento rápido y eficiente, además se reponía de un reciente divorcio y del desamparo de su ex marido quien le negaba la pensión que le correspondía, consecuentemente acudiría a los apoyos gubernamentales u organizaciones independientes que ayudan a personas vulnerables como ella; mientras la niña ajena a sus tristezas se divertía.

Llegaron a casa y la abuela Sol preguntaba con impaciencia sobre los análisis, a quien no resultó imperioso darle una explicación detallada, pues ella miró a los ojos de la joven y descubrió la mala noticia, no obstante, la consoló, le repitió con certeza que “saldría adelante”. Frida protestaba. El llanto surcaba el rostro de la enferma y rasgaba el alma de Sol, tendrían que dar muestras de estoicismo descubriendo fuerzas en lo recóndito de sus seres, y prioritariamente evitar angustiar a Ángela. Los días sucedieron, la quimio hizo sus infernales efectos en Frida y Sol, inmutable, permaneció al cuidado de su mermada salud, la asistía en la penumbra; incluso Ángela corría a buscar frazadas y limpiaba su amarga saliva emergente. El pródigo cabello se desprendía de la cabeza de la mujer, quien concluyó con tal agonía rasurándose, al apreciarla la niña comentó que parecía una bebé, lo que arrancó bastas carcajadas de las féminas mayores.

Una tarde Frida reposaba en su habitación, Ángela se sentó a su lado y se enteró que los senos que antaño la alimentaron desaparecieron y le enunció que poseía el aspecto pueril de una chiquilla, así como ella, la abuela emergió perspicaz para acompañarlas y confabularse en esa fortuita plática, acariciando el rostro de su

nieta le explicó que la vida de Frida resurgía. Pernoctaron juntas las tres en complicidad amorosa y la luna por la ventana las iluminaba. Ha amanecido la ginecóloga efectúa una llamada y la abuela responde, Frida mortificada estruja con sus puños las sabanas y se incorpora, tropieza con Sol y esta última le murmura “el cáncer ha cedido”; ante la respuesta conversa con su alma, se quita la bata, se ve con firmeza desnuda en el espejo roto y se acepta, briosa alcanza a la portadora de la anhelada noticia abrazándola y Ángela que ya no dormía surge en medio de ellas para ser partícipe del júbilo. El viento del albor se cuele por la lumbrera, Frida está viva y no sólo cumple con una existencia biológica como otras personas.